

Mesa de conversación: “Desafíos del pensamiento crítico y la articulación de sus discursos en América Latina”

Participan: Martín Hopenhayn
 Grínor Rojo
 Jaime Huenún
 Claudia Zapata

Modera: Jennifer Abate

Jennifer Abate: Primero que todo, muchas gracias a todos por estar acá para compartir esta mesa que se llama “Desafíos del pensamiento crítico y la articulación de discursos en América Latina”. Quisiera presentarlos: Martín Hopenhayn, máster en Filosofía en París VII, desde 1989 es investigador de la División de Desarrollo Social de la Comisión Económica para América Latina, CEPAL, donde se desempeñó como director entre 2004 y 2005. Grínor Rojo, Doctor en Filosofía y académico de la Facultad de Filosofía y Humanidades, su campo de estudio se aboca al análisis de la teoría crítica latinoamericana y al estudio de la literatura y la cultura en América Latina. Jaime Huenún, escritor y autor de dos antologías mapuches y de *Los Cantos Ocultos*, producto del encuentro de poetas y escritores indígenas latinoamericanos del 2007, ganador del premio Pablo Neruda, la beca Fundación Andes y la beca Guggenheim. Profesora Claudia Zapata, Doctora en Historia, directora del Centro de Estudios Culturales Latinoamericanos de la Universidad de Chile, trabaja la historia contemporánea en América Latina con especial interés en la relación entre identidad y cultura con un enfoque multidisciplinario.

Las primeras preguntas que les voy a plantear tienen que ver, por supuesto, con la centralidad de esta mesa a la que los hemos convocado. Estas preguntas son: ¿Creen que las transformaciones políticas y sociales que ha vivido nuestro continente en las últimas décadas han sido suficientemente abordadas por los intelectuales públicos latinoamericanos? Por otra parte, ¿creen que hay una deuda en ese sentido? De ser así, ¿cuál es? Voy a iniciar dándole la palabra al profesor Grínor Rojo.

Grínor Rojo: Muchas gracias. Yo tendría que decir en primer lugar de qué intelectuales estamos hablando, ¿no? En un artículo que escribí hace algún tiempo y que se publicó en la Revista Chilena de Literatura, en un número especial dedicado a la escritura de las humanidades, yo señalé que tenía la impresión de que en la actualidad podía hablarse de tres figuras intelectuales en la contemporaneidad, y en el caso chileno y latinoamericano son bastante definibles. La primera de esas figuras es

la del “intelectual experto”, en otras palabras, el individuo que trabaja técnicamente en una cierta disciplina y al servicio de cualquiera sea el poder hegemónico. Ese intelectual experto no es un individuo interesado en cambiar las cosas, es decir, en cambiar el statu quo que existe, sino en el mejor de los casos reforzarlo, desarrollarlo, innovarlo, es decir, generar nuevas posibilidades dentro de lo que existe, dando por supuesto lo que existe como la única posibilidad dentro de la cual se puede hablar. Ahora, con respecto a la crisis, que es una crisis no de América Latina, sino global, en este momento de ese intelectual experto no es mucho lo que se puede esperar, porque realmente sus funciones son las que acabo de señalar, en ningún caso va a poner en cuestión lo que existe.

Frente a eso ha aparecido en las últimas décadas un nuevo tipo de intelectual al que podemos designar como el “intelectual posmoderno”, es decir, un tipo de intelectual que no es un tornillo más dentro del sistema y que sostiene sistemáticamente, y esta es una de las afirmaciones características, estar hablando desde el margen o fuera del margen, en el mejor de los casos, usando una expresión de Homi Bhabha, que la repite Silvano Santiago en América Latina, el *in-between*, entre lugar. Ese es un intelectual que a sí mismo se piensa como un refutador de lo que existe, sin embargo es un intelectual que al mismo tiempo aparece en una línea de pensamiento que tiende a anular al sujeto como una figura que puede realizar cambios a lo real. Es muy difícil, es contradictorio, en realidad, pretender que uno es un intelectual por los cambios, es decir, un intelectual que está dispuesto a transformar la realidad, y al mismo tiempo pensar una realidad que funciona sin sujeto. Si no hay un sujeto cuya voluntad y acciones están en condiciones de cambiar la realidad, difícilmente se puede aceptar que esta sea una posición transformadora, emancipadora. Como quiera que sea y por otro lado, frente al *paper*, que es el modo discursivo ejemplar del intelectual experto, lo que este intelectual posmoderno suele exhibir es el texto fragmentario, que es muy cuestionable en el mismo sentido que he estado señalando previamente.

El tercer tipo, desde mi punto de vista, es el “intelectual crítico”. Ese intelectual es un intelectual disconforme y que además es un buscador permanente, tal vez no un buscador de verdades sino, como decía Beatriz Sarlo en algún momento, un “buscador de perspectivas para ver”. Es un intelectual tremendamente atacado en el mundo contemporáneo, porque se supone que está reemplazando al subalterno, al buen nombre por el cual está emitiendo sus discursos. Sin embargo, yo creo que lo que se necesita en este momento, no solo en América Latina sino que en el mundo que veo sumido en una crisis terrible, es al intelectual crítico, creo que esta es una figura extraordinariamente necesaria y que nos hace falta.

Jennifer Abate: Muchas gracias, profesor. Profesora Zapata.

Claudia Zapata: Muchas gracias por la invitación. Obviamente que va a haber continuidad en algunos temas que plantea Grínor. Yo había pensado para estas preguntas que ustedes nos planteaban si hay en realidad temas a partir de las transformaciones sociales y políticas ocurridas en América Latina que han sido insuficientemente abordados por los intelectuales públicos latinoamericanos.

Una primera cuestión es partir diciendo qué intelectual no es público, me queda la duda de a qué se refieren. Yo creo que se apunta a la modalidad de intelectual crítico que mencionaba Grínor, o alguien que es capaz de intervenir en la esfera pública, instalando debates, expandiendo los temas. Porque las otras figuras, como la del intelectual experto o la del posmoderno, sobre todo el experto que a veces aparece en la escena pública diciendo “yo soy experto en este tema y en lo otro no tengo competencias o no me hago cargo de las dimensiones ideológicas o políticas de los informes técnicos que estoy formulando, mi saber es técnico”, me parece que eso es tremendamente público y ver cómo nos enfrentamos a eso es un tema que vale la pena conversar.

Yo partiría diciendo que el tema de los intelectuales en general, y asumiendo que todos son públicos, es un sector heterogéneo y probablemente hoy día lo es más aún en lo que respecta a tipos de intelectuales y también a perspectivas teórico-políticas. También forman parte de él los “asesores”, estos intelectuales orgánicos del poder que proliferan, porque el tema de los intelectuales siempre ha estado muy presente en el funcionamiento del modelo en lo que llamaba Grínor como expertos. También están los consultores, que tienen que ver con el funcionamiento del modelo, vinculados a la iniciativa privada empresarial y de los que emergen otro tipo de textos como el informe técnico, que tiene como objetivo validar proyectos con enormes consecuencias para las poblaciones en las que se anclan territorialmente esas empresas, entonces creo que ahí también hay un trabajo de validación y un trabajo finalmente intelectual, donde te piden una experticia y muchas veces donde la instalación académica valida esa experticia. Están los llamados especialistas, técnicos, profesionales, académicos.

Dentro de esa heterogeneidad, que yo apenas alcanzo a nombrar, haría una elección de lo que me interesa y he trabajado, destacar la función de los intelectuales críticos a los que se refería Grínor. Es la figura que me parece interesante de recuperar hoy en día, porque no están las condiciones políticas para profundizarla. Hay un ataque de muy distintos lados hacia él y yo destacaría además que “crítico de qué”, eso es algo que me gustaría despejar en el contexto del debate chileno y latinoamericano.

Hago un gran distingo en que a mí me interesan los críticos del modelo neoliberal, y con esto no me refiero a estar fuera o dentro del Estado, porque eso sería pasar por alto hoy procesos importantes en América Latina como Bolivia, donde existen

autores críticos del neoliberalismo tanto dentro como fuera del Estado y, más específico todavía, del gobierno de Evo Morales. Y hago esta distinción porque en el contexto latinoamericano, sobre todo el chileno, viéndolo en los medios de prensa aparece gente que se reivindica como crítica, pero una crítica desde la derecha que no cuestiona la distribución de los privilegios económicos y sociales, por lo tanto no es una crítica con la que yo coincida en términos de proyecto político. Me refiero a personajes como un Álvaro Vargas Llosa o un Héctor Soto en Chile. A mí me interesa hacer ese distingo de los críticos del modelo de acumulación y del tipo de ciudadanía que ese modelo de acumulación admite, me parece fundamental para distinguir a la intelectualidad crítica de, por ejemplo, un *think tank* como el CEP en Chile.

Yo creo que lo que ha hecho hasta el momento esa intelectualidad crítica es que logró un bagaje bastante amplio de trabajo desde los 90 para acá sobre temas que son complejos de abordar y que no han estado necesariamente en los debates ciudadanos, aunque posteriormente sí se cuelan, sobre todo en Chile, me refiero a temas como: neoliberalismo, democracia, los modelos de nación, diversidad cultural y reconocimiento político. Creo que la deuda o desafío es tener mayor incidencia de estos intelectuales críticos en los espacios públicos. En los últimos años se ha ganado bastante, pero conspira contra eso obviamente, sobre todo en Chile, el monopolio ideológico de los medios de comunicación.

Jennifer Abate: Gracias, profesora Zapata, Profesor Hopenhayn.

Martín Hopenhayn: Ya, me va a costar hacer lo que pensaba hacer porque ya surgieron un montón de puntos. Pero respecto de lo que decía la profesora Zapata de que críticos intelectuales podrían ser Héctor Soto y Álvaro Vargas Llosa, yo creo que no. Creo que hay que partir de ciertos presupuestos y yo voy a partir de un presupuesto básico. Número uno, que hoy día en América Latina ser intelectual crítico incluye casi necesariamente el plantearse un orden más allá del liberalismo, no del neoliberalismo, sino que más allá del liberalismo, lo cual retoma la tradición del intelectual crítico del capitalismo, de las relaciones de explotación, desigualdad social, de las limitaciones de un orden entre comillas de democracia burguesa que tiene sus cosas buenas y sus cosas malas. A esto se suman elementos que han adquirido mucha fuerza en las últimas dos décadas, de los que el intelectual crítico no puede no hacerse parte, como es la agenda de la autonomía y los movimientos feministas, el tema de la diversidad e identidad cultural y el tema de la sostenibilidad y medio ambiente. Aparte de una vocación de democracia ampliada, participativa y deliberativa, de una vocación por la igualdad social, se suman estos tres grandes núcleos que son la autonomía del sujeto que se retoma desde el intelectual crítico,

planteándosela más allá del liberalismo, la agenda de la identidad y diversidad, y la agenda de la relación con la naturaleza.

De todas maneras yo creo que hay un problema cuando uno habla del intelectual crítico, y es que siempre se supuso que el intelectual crítico participaba de una especie de relación virtuosa o dialéctica de desenmascaramiento, que le traía casi incluido dialécticamente la emancipación o la movilización. Es decir, el intelectual crítico, a través de un trabajo mediante el cual desentrañaba contradicciones que en un principio estarían ocultas, disimuladas, tergiversadas, al poner en evidencia estas contradicciones o inconsistencias de la realidad producía un efecto movilizador o se incorporaba a una especie de torrente movilizador con vocación emancipadora.

Mi impresión es que hoy día de alguna manera ese trabajo de denuncia, de extrovertir lo que permanece oculto, no lo veo mucho, porque ya no veo nada que esté oculto, es una sociedad más reflexiva, hay más información a través de la conectividad, circulan una cantidad de perspectivas críticas de la realidad que están permanentemente extrovertiéndose no solo desde la trinchera iluminada, privilegiada, selectiva del intelectual crítico. Por lo tanto, creo que hay que repensar esa labor de desenmascaramiento, de denuncia, de desentrañar lo que la realidad oculta que siempre se le adjudicó al intelectual crítico. Qué significa hoy en esta obesidad de información y pluralidad de perspectivas, sobre todo en el mundo en red, insisto en esa parte porque ya sabemos cómo son los medios abiertos en el caso chileno. Por otro lado, no veo tampoco que haya una especie de efecto empático, movilizador, por el lado de la denuncia, del desenmascaramiento, salvo de manera espasmódica, pero no que converja en una agenda emancipadora o de transformación.

En esto discrepo de lo que decía Grínor y voy a usar una palabra propia del intelectual posmoderno: creo que hay una cierta hibridación entre el lugar del experto, que se plantea desde los intersticios o márgenes, y el lugar del crítico disconforme. Es decir, puede haber un crítico disconforme que haga uso de herramientas propias del intelectual técnico o que de a ratos se coloque en el lugar de los márgenes, creo que hay una mayor maleabilidad de roles y hay como un movimiento de un mismo intelectual que puede ocupar incluso estos tres espacios en momentos distintos con relaciones de ida y vuelta.

Un elemento que me parece fundamental y que quería plantear originalmente es que decía yo que el intelectual crítico es aquel que se plantea un proyecto que va más allá del liberalismo y claramente no en los años 90, pero sí en los años 2000, hay varios casos en América Latina en que el mapa político ha mutado mucho, de experiencias de gobierno o de proyectos políticos que han accedido al poder que se plantean ir más allá del liberalismo, como es el caso de Venezuela, Ecuador, Bolivia, y más tibio en los casos de un ala del PT en Brasil, Argentina en cierta medida, y

se pensó que Uruguay, pero no se sabe ahora muy bien, y también en un momento se pensó que Chile. Pero son experiencias frente a las cuales uno tiene que tomar posiciones, y ahí yo creo que el intelectual crítico se ve en una situación complicada porque normalmente el intelectual crítico es aquel que está al otro lado de la trinchera en relación a un orden, un gobierno, un Estado, un statu quo. Pero cuando hay un proyecto supuestamente transformador que pretende ir más allá del liberalismo, con una vocación igualitaria, de democracia ampliada en principio, y donde el tema de la identidad y diversidad son un tema fuerte, entonces el intelectual crítico se ve en la disyuntiva de adherir, no adherir, aportar o no aportar, ser un intelectual orgánico o solo un intelectual entusiasta pero no del todo identificado, para poder seguir siendo en alguna medida una especie de intelectual crítico que supone una cierta distancia de un statu quo o un orden.

Para mí un caso ejemplar es el caso de Argentina, donde hace unos años se formó un grupo que se llamó Carta Abierta, que adhería en principio al *kircherismo* como una especie de proyecto que iba más allá del liberalismo. Tenían esto increíble que se podían juntar 300 o 400 intelectuales críticos en una sala fría de la Biblioteca Nacional un día domingo a discutir, solo en Buenos Aires ocurre eso, a me tocó estar varias veces. Y tenían esta cosa interesante de adherir, pero no estar del todo dentro de un proyecto eventualmente de izquierda distinto. Pero de alguna manera algo pasó ahí, unos terminaron muy adentro y otros muy afuera. El que terminó más adentro fue Ricardo Foster, que era uno de los principales de Carta Abierta y terminó siendo el comisario ideológico del Justicialismo, para marcar cuán adentro quedó en calidad de intelectual orgánico. Entonces yo creo que no es un tema de que los intelectuales no aborden lo que está pasando en América Latina; sí lo abordan. Hay más bien una incomodidad respecto a cuál es el lugar en que quedan cuando sí emergen proyectos que tienen esta cosa que quieren ir más allá de un orden liberal, pero adolecen de problemas, que son proyectos que no soportan la otredad, la diferencia; que son poco tolerantes con la disidencia o que recurren a elementos que uno diría que están en el límite de la democracia, pero de cuál democracia, la democracia propia o a la que adheriría hoy día un intelectual crítico o no. Entonces la principal dificultad está en dónde establecer los límites entre ser un intelectual orgánico, un intelectual entusiasta, un intelectual que está dentro, pero que al mismo tiempo se reserva la posibilidad de ejercer una crítica sana cuando se dan este tipo de opciones o cambios en el mapa político.

Jennifer Abate: Muchas gracias, profesor, Profesor Huenún.

Jaime Huenún: Buenas tardes. La verdad es que yo no soy un experto en estas materias que me han convocado, mi refugio es la poesía y desde ahí obviamente que

lo que uno puede plantear puede resultar bastante difuso o demasiado demencial. Pero yo creo que aquí hay un problema que atañe a todos los tipos de intelectuales que han sido clasificados por parte de los otros panelistas, que es un problema grave que corroe toda Latinoamérica y Europa y los países centrales: la masacre que se ha efectuado con las humanidades. Esa masacre permanente, continua, hace que los intelectuales de cualquier sello o signo no tengan una interlocución colectiva. Es decir, ¿a quiénes se dirigen estos intelectuales? ¿Qué defienden, qué atacan, en nombre de quién? Y esas propuestas, postulados, esos comentarios, opiniones, ensayos, definitivamente quedan enclaustrados, no hay una circulación más o menos masiva de ese conocimiento, y yo creo que ahí hay un problema del intelectual hoy día, de cómo dirige, cómo hace circular su producción. En Chile, por ejemplo, el 70%, el 80% de la población tiene problemas de comprensión lectora, por lo tanto el círculo, el corro de lectores es bastante escaso para los intelectuales críticos, funcionales, *light*, posmodernos, adscritos a causas urgentes como la ecología, las minorías, etc., para el intelectual artista, que es otro sujeto que puede aparecer en esta taxonomía. Entonces a quién demonios le habla el intelectual.

Yo creo que la escritura, la vocería del intelectual, del creador, del artista, queda un poco congelada y ahí hay un problema que tiene que ver con que sucesivos regímenes políticos han conculcado a la gran mayoría el derecho al lenguaje y ahí hay una situación de la cual obviamente los intelectuales en su conjunto pudiesen hacerse cargo. ¿Cuál sería la deuda? Sabemos que los intelectuales siguen produciendo, escriben libros, salen en la televisión con mayor intensidad que los intelectuales *light* que vienen de las artes, periodismo, literatura, pero que están produciendo ahí una gran masa de conocimiento que no tiene una dirección, no tiene una interlocución, no se genera un diálogo. Y si hablamos de intelectual público, el público de estos intelectuales es cada vez más achicado, más reducido, y eso es un problema que no ha sido suficientemente analizado.

Jennifer Abate: Muchas gracias. En esta sola vuelta han emergido una serie de conceptos y definiciones y también la idea de un escenario al parecer complejo. Quisiera darles la palabra para que puedan conversar entre ustedes, responderse o plantear elementos que hayan quedado pendientes.

Grínor Rojo: La primera de ellas es que yo hablé de tipos de intelectual y en realidad no estaba hablando de personas, sino de posiciones. Es decir, existe la posición de intelectual experto, del intelectual posmoderno, del intelectual crítico, y eso quiere decir que esas posiciones pueden ocuparse o no, o pueden ocuparse por un tiempo, no permanentemente, o se puede cambiar de una posición a otra. Y en ese sentido estoy de acuerdo en algo que dijo Martín, que hay una cierta

flexibilidad, posibilidad de movimiento que se genera, un individuo que funciona en un determinado momento, en una cierta dirección y no en otra, porque ha dejado de tener la posición en la que estaba instalado previamente y ha adoptado otra. Estoy usando un poco brutalmente la noción de campo de Bordieu, que es una noción que justamente de lo que habla es de posiciones al interior, y eso hay que tenerlo en consideración.

Segunda cuestión: la masacre de las humanidades. Estoy enteramente de acuerdo con Jaime y quisiera agregar algo más a lo que él dice, que es muy atinado, y es lo siguiente: mi impresión es que estamos viviendo hoy día una crisis global, extraordinariamente seria, y esa crisis global existe en el plano de la economía, sobre todo, y ha estado en existencia desde comienzos de la década del 70. Podríamos poner la fecha de inicio en el 71, cuando se produce el término de la paridad del oro con el dólar y la flotación del dólar. De ahí en adelante, y con las crisis del petróleo del 72 y 73. Desde entonces la cosa no ha parado, la crisis económica se ha ido profundizando cada vez más y en los últimos años con una profundidad y frecuencia insólita. El 2007 se produce la debacle de *Lehman Brothers* en Estados Unidos, el 2008 la crisis inmobiliaria española, en 2012 – 2013 la crisis de la Eurozona y en este momento estamos en una crisis económica en el plano del valor de las materias primas que es terrible y que está azotando a todos los países subdesarrollados, entre ellos a nosotros, a nuestras exportaciones de cobre.

Hay una crisis del sistema, global. Ese sistema viene sostenido por una ideología y, como lo decía Martín, es una ideología del liberalismo, en este caso el neoliberalismo. El neoliberalismo no es una economía, es una ideología que lee una cierta economía. A esa ideología, y me refiero a Huenún ahora, le sobran dos patas que no se pueden tolerar. Una de ellas es la política. Hay una contradicción fundamental entre la ideología neoliberal y la política. ¿Por qué? Simplemente porque la ideología neoliberal opina que el sistema económico funciona por sí solo, autopropelido, y que no necesita regulaciones porque se regula a sí mismo. En estas circunstancias, una política que lo regule al sistema no tiene sentido. Entonces la política está fuera de lugar y eso ocurre, lo vemos en nuestra propia realidad chilena, donde los políticos cada vez son más irrelevantes respecto a lo que ocurre en nuestra realidad histórica. Y los otros que están de más, Jaime, son los intelectuales, los humanistas, sobre todo los intelectuales críticos. ¿Por qué? Porque lo que hacen es plantear, cuestionar al sistema. Para el sistema, tanto los políticos que pretenden regularlo como los intelectuales críticos que lo cuestionan son toxinas que hay que sacarse de encima, anular a como dé lugar. Es bastante grave lo que estoy diciendo. Uno se puede preguntar por cuál es la salida. Hay una salida reformista que es la que llama a un reforzamiento de la democracia, de la política, del control ciudadano sobre el sistema económico. Otros son escépticos con respecto a la posibilidad de

reforzamiento de la política en estas condiciones, y en esas circunstancias es difícil predecir lo que puede pasar.

Una cosa más: yo discrepo de lo que decía Martín en el sentido de que en la realidad actual no haya nada oculto, que el intelectual crítico, cuya tarea era poner de manifiesto lo que estaba oculto, tenga una función innecesaria en este momento. Yo creo que efectivamente la oposición aparenta realidad, la oposición filosófica sobre la cual está fundado esto es una oposición que no ha desaparecido, que el universo no es un universo plano en el cual todo es pura apariencia. Creo que la oposición sigue existiendo y creo en la necesidad del intelectual en el sentido de Sarlo que cité hace un rato, es decir, no el individuo que da las repuestas de lo que hace falta, sino el individuo que va a generar perspectivas para ver, mirar, y que va a hacer uso de ese discurso que nuestro Martín Cerda denominó como “discurso del tanteo”. Uno entra tanteando en esta realidad y tratando de encontrar camino, al contrario de lo que hace el intelectual experto que escribe los *paper*, donde lo que hace es aplicar un modelo. El crítico tantea para encontrar una perspectiva para ver.

Claudia Zapata: Creo que la conversación, que podría tener un montón de entradas, se ha ido decantando por el lugar del intelectual crítico, su rol y sus desafíos, y creo que entre ellos está precisamente lo que se ha mencionado acá, que es este escenario complejo que no existía 30 años atrás y donde existe el tema de un mundo multipolar, unipolar, ya no sé cómo llamarlo, pero es un mundo post Guerra Fría que nos instala en otro escenario, con el desarrollo de las redes y de medios de comunicación, donde se abren posibilidades para que se visibilicen saberes alternativos. En ese sentido, pensar ese escenario tiene que ver con hacer un cruce de este mar de información que mencionaba el profesor Hopenhayn, pero también las dificultades que hay en la recepción. Siempre hay recepción, pero lo que menciona Jaime es un factor fundamental en el sentido de las herramientas intelectuales que tiene una población que ya se ha formado en un sistema educativo cuya calidad cayó estrepitosamente. Es masivo, pero de menor calidad y hay que advertir esas variables.

Por otro lado, el tema de acceso a las redes sociales que tenemos hoy día, que es un escenario completamente distinto. Hay aportes, pero también limitaciones. Aportes evidentes. No me imagino la época de las jornadas de protestas en Chile de los años 80 con redes sociales de este tipo; habría variado el escenario, lo que no variaría sería la represión. Esto puede ser un aporte como espacio, precisamente para un intelectual crítico que no tiene lugar en los medios de comunicación masivos y monopolizados por la derecha. Leía un estudio sobre el uso del Internet en Chile, que es uno de los países que tiene mayor cobertura, pero que sin embargo deja a una franja importante de población sin acceso a las redes. Conozco personas de

40 años que no tienen acceso a estas cosas, ya no entraron en ese tipo de lenguaje y no lo aprendieron. Leía también que las personas ocupan las redes sociales para hacer amigos, para publicar estados de ánimo, no necesariamente para informarse o comunicar visiones sobre la contingencia. Según ese estudio, solo un 10% de la gente que entra a las redes sabe enviar un *mail*, que implica escritura y organización mínima de ideas.

Entonces, este asesinato de las humanidades que menciona Jaime tiene relación finalmente con las posibilidades de desarrollo de una ciudadanía crítica. El tema, me parece, entonces, es si vamos a naturalizar esa crisis o si la vamos a cuestionar, y ahí las posturas teórico-políticas son fundamentales. Digo esto porque alguna vez escuché, con bastante sorpresa, a alguien decir: “bueno, para qué queremos meterle los libros a los chicos jóvenes si esto no es parte de su cultura, a los sectores populares de qué les sirve leer *El Quijote*. Para ellos es mucho más importante leer Facebook, tenemos que hacer cursos de eso”, y esto en una Cumbre del Consejo Nacional de la Cultura y las Artes hace dos años en Temuco. Yo me pregunto cómo leemos este escenario los que al menos todavía tenemos el arrojo de adscribir a la figura del intelectual crítico, qué hacemos. Hablar en jerigonza no me parece pertinente, pero tampoco creo que la alternativa sea decir “hablemos en fácil y lo que a la gente le interesa oír” y entonces nos transformamos en el intelectual mediático que va hacer el show a la televisión.

Las redes sociales tienen ese límite también si uno lo lleva a América Latina, donde hay muchos países en que el 50% o más de la población no tiene acceso Internet. Sin embargo, me gustaría quedarme con el aporte de estas formas de comunicación. Creo que hay cuestiones importantes para estos discursos y estas aproximaciones intelectuales y de movimiento que también tienen una dimensión reflexiva importante, que hacen uso de las redes para boicotear el cerco de la información. Hay un caso de una reflexión muy bonita que se está desarrollando en República Dominicana, a partir de una enmienda a la Constitución de ese país, del año 2013, que es atroz, porque impone un concepto de nación dominicana excluyente, antihaitiana, que ha quitado la nacionalidad a los haitianos, a los descendientes de haitianos y en retroactivo hasta principios del siglo XX, que es una cuestión absolutamente insólita. El debate contra ese discurso de nación, contra el racismo que contiene y sus efectos perversos, entre ellos como que hoy en día uno se puede encontrar en las plazas con haitianos ahorcados, se está dando fundamentalmente en las redes, a nivel de Facebook, a nivel de *blogs*, a nivel de páginas web, donde además pueden participar los dominicanos de la diáspora, como efectivamente lo hacen.

Me gustaría quedarme con ese potencial de las redes y otro de los desafíos que menciona el profesor Hopenhayn, que tiene que ver con la eterna disyuntiva de los

intelectuales: ¿dónde estoy? ¿Me entusiasmo? ¿Observo sigilosamente? ¿Me meto de lleno, participo? ¿Me hago intelectual orgánico o sigo desde la trinchera? A mí una de las cosas que me gusta de la cuestión latinoamericana es que el campo intelectual está muy vinculado a la política, un factor que me resulta interesante porque acompaña a todo el siglo XX. El episodio boliviano actual me llama particularmente la atención, porque esto es de ida y de venida, la intelectualidad indígena ha entrado y salido de la estructura del Estado porque la misma coalición de gobierno es absolutamente porosa con los movimientos sociales. Unos han permanecido en la trinchera como Silvia Rivera Cusicanqui, otros están derechamente dentro, como Álvaro García Linera, que es el Vicepresidente desde el 2005 y otros, como digo, han ocupado ambas posiciones durante estos años. Me parece que tiene que ver con los caracteres, con las funciones, y esos son espacios concretos donde se puede discutir la permanencia de estas formas del quehacer intelectual, crítico.

Martín Hopenhayn: Bien, yo quería reaccionar a tres puntos, porque ahora estamos en la conversación, claramente. Uno es el que se planteaba a propósito de la crisis de las humanidades, donde eventualmente el lugar del intelectual crítico como que se hunde con ellas. Y es cierto, por una parte, que la crisis de las humanidades tiene que ver con lo que planteaba Grínor, que en un sistema que plantea la autorregulación y la hipostasia la convierte en una metafísica del sistema, el intelectual crítico y la humanidades mismas resultan irrelevantes dentro de ese imaginario.

Hay otro elemento fundamental y no es tanto la desaparición de las humanidades, sino su ritualización. Es decir, en el mundo académico, que es un mundo competitivo, construido en base a una lógica de mercados académicos de acuerdo al modelo norteamericano, donde supuestamente la competencia funciona, es un mundo que se ha ritualizado con mecanismos de promoción y legitimización muy estandarizados. Cuando uno postula a un proyecto o pelea porque le publiquen un artículo en una revista indexada hay una hiper codificación del trabajo académico que hace que sea muy difícil que surja dentro de la academia lo que Grínor llamaba la posibilidad abierta de mirar, el tanteo. Si tú estás en una lógica copiada de las ciencias exactas y las ciencias naturales, donde lo que tienes que hacer es una cosa dentro de una hiper especialización del trabajo y tienes que agregar un ladrillo en una lógica de construcción del conocimiento donde estás dando un paso minúsculo en la frontera, qué espacio queda ahí para las humanidades en el sentido de un pensamiento crítico, abierto, escritura ensayística. No queda ninguna posibilidad ante ese tipo de ritualización de las humanidades. Es decir, cómo vas a tener una producción académica que se preocupe por la visión, por esta cosa de proponer miradas, perspectivas, no tener la pretensión de ser el último eslabón en la cadena del conocimiento, sino más bien tener la aspiración a enriquecer la mirada. Ahí hay

un tema muy serio, porque si uno va a la academia uno ve muchos intelectuales que podría definir como intelectuales críticos, pero que están día a día atragantados y compitiendo en esa misma lógica. Están atrapados en la disyuntiva de una especie de mirada crítica de la realidad, con una agenda emancipadora en la cabeza, y por otro lado un día a día donde tienen que estar publicando un artículo o peleando un proyecto en las condiciones que impone esa competencia y ajustándose a esas condiciones. Ahí me parece que hay una contradicción súper complicada.

El segundo punto es esto que yo tiré, que no hay nada por desenterrar, que está todo ya puesto en la superficie, y Grínor dice que no, que siempre hay alguna cosa oculta y que hay tensión entre apariencia y realidad que es casi connatural o social. Pero también hay un elemento adicional, que es una crítica, que la hizo Baudrillard hace como 30 años, quedó ahí y la retomó un filósofo coreano, Byung-Chul Han, que trabaja en Alemania y que está muy en boga, y que es la crítica a la transparencia. Porque la transparencia es una palabra que viene inmediatamente acompañada de un juicio positivo, pero la transparencia en el sentido de la especie, uno, de ilusión de que todo está puesto ahí; un segundo elemento que tiene que ver con una especie de extroversión compulsiva, donde Facebook sería uno de sus íconos, Byung toma como caso la pornografía, incluso, ir al extremo de la extroversión pero como una forma permanente de neutralizarse, neutralizar el campo del deseo, el ejercicio interpretativo u heurístico, y por lo tanto el elemento del intelectual crítico. Entonces yo propondría, y esto es totalmente contradictorio y paradójico en los términos, desenmascarar la transparencia.

Un tercer punto que quería plantear tiene que ver con lo que la profesora Zapata hablaba sobre las redes, porque es cierto que estamos frente a un país como Chile, donde hay un tremendo déficit de comprensión lectora y una apatía frente a un tipo de lectura sostenida, en profundidad, en contraste a una lectura fragmentaria, dispersa, breve, que uno podría llamar superficial. Pero lo que sí es cierto es que hay en esta nueva forma de leer el mundo, que tiene una marca generacional importante, claramente más en los jóvenes que en los adultos o mayores, que es más de velocidad y de fragmentación y de variación permanente de aquello que se está leyendo, hay como una expectativa sin piedad de que lo que realmente me voy a apropiarme tiene que marcar una diferencia. Es decir, no estoy dispuesto a escuchar algo que ya escuché y que se repite y prestarle atención. No en el sentido *bejaminiano* o *bandeleriano* de la ansiedad de novedad de París del siglo XIX, sino en el sentido de una cierta resistencia a una parte del pensamiento crítico, que es como repetir algo de tal modo que a estos otros lectores nuevos les suene como “esto ya lo he escuchado, no me vengan a decir lo que ya sé” o “esto es una letanía”. Creo que es un desafío, y no lo digo como concesión a las nuevas formas de lectura, sino que es un diálogo, una interrogación con esas nuevas formas de lectura. ¿Cómo hacemos

para estar marcando la diferencia respecto de lo que hay como pensamiento crítico? ¿Cómo producimos esos efectos de desplazamiento? O lo que decían de Martín Cerda, cómo producir tanteos de tal manera que sea un pensamiento que la gente sienta fuerte, vivo, transformándose a sí mismo.

Jaime Huenún: “Ahí en ese *menoco* hay gente transparente. Son los dueños de ese lugar” *Menoco* es un ojo de agua en el campo y esa frase me la dijo hace poco una señora de una población marginal de Santiago que se llama Celinda Huiaquil, que es una mapuche víctima del éxodo y del exilio interior. A propósito de lo que Martín hablaba acerca de la transparencia, para ella la gente transparente es la gente invisible, la gente que no se ve. Y a propósito de esta anécdota, tal vez es bueno o necesario plantear que el conocimiento en Occidente está absolutamente jerarquizado, hay una serie de otros conocimientos que no están puestos sobre la mesa o que si se ponen se ponen desde una perspectiva no analítica que tiene que ver con las disciplinas que los toman, el conocimiento indígena, popular, de las urbes latinoamericanas y el conocimiento campesino, mestizo.

Si esto lo extrapolamos a lo que es la literatura, desde hace ya muchos siglos la literatura canónica se ha construido en no más de diez idiomas centrales. La UNESCO dice que hay más de seis mil idiomas vigentes todavía. Por lo tanto, lo que nosotros consideramos como literatura canónica es una mínima porción de lo que se produce como expresión estética oral verbal en muchos otros pueblos, y desde esa perspectiva yo creo que la jerarquización del conocimiento está haciendo “pipí fuera de tiesto” hace ya mucho tiempo. Creo que hace falta que los intelectuales, creadores, artistas, puedan acercarse a estos otros conocimientos que están absolutamente defenestrados por la jerarquización que se hace de tales en Occidente y sería muy sano interactuar con ese tipo de conocimientos, no solamente tildarlos de superstición, mitología u otro tipo de epítetos. Si bien la literatura que conocemos es una literatura que de alguna manera nos ha ido formando a lo largo de décadas, creo que hoy día emerge la posibilidad de abrirnos a otras realidades, de constatar que conocimientos científicos que hoy día aparecen en la primera plana ya estaban presentes en pueblos indígenas. Es cosa solamente de ver cómo la farmacología ha acudido a los ecosistemas de los pueblos originarios para sacar de ahí sus experiencias. Entonces habría que ver de qué manera el conocimiento que nosotros estamos construyendo en esta parte de la realidad se puede conectar o dialogar con el conocimiento de otros sectores de la realidad de este planeta.

Jennifer Abate: En torno a esa voluntad o necesidad de diálogo, como la plantea el profesor Huenún, me gustaría introducir un nuevo elemento y me gustaría que respondieran de manera un poco más libre para no perder este espacio de

conversación que se ha creado. Tiene que ver con su opinión respecto a un trabajo de diálogo entre los intelectuales críticos latinoamericanos que permita hablar, a juicio de ustedes, de un trabajo mancomunado o de una cierta identidad que permita distinguir a los intelectuales críticos latinoamericanos. ¿Creen que existe ese diálogo entre distintos intelectuales, sensibilidades de distintos países, sectores?

Grínor Rojo: Yo creo que ha existido en el pasado y me voy a referir solamente al pasado republicano. Existió a fines del siglo XIX en la época del modernismo, por ejemplo, cuando Rubén Darío recorría todo el continente. Paraba en Nueva York y lo recibía José Martí con los brazos abiertos, llamándolo hijo. O cuando el propio Martí recalaba en todos los países de Centroamérica y en Venezuela y hacía todo lo suyo, hubo un momento esa comunidad. Es una comunidad que ha tenido altibajos, que se retoma en la época de las vanguardias. Es decir, los vanguardistas se conocían, los vanguardistas argentinos conocían a Huidobro y él sabía quiénes eran ellos o los que estaban haciendo algo parecido a lo suyo en México. Esa es la noción de redes que, por ejemplo, Eduardo Devés ha trabajado en el caso chileno.

En este momento creo que estamos viviendo un momento difícil, duro, mi impresión es que esa comunidad que ha existido por momentos en América Latina, flaquea, no se ve con la misma nitidez, porque tal vez no tenemos la distancia con que podemos ver estas otras que mencioné. Sin embargo, empiezan a surgir alternativas que no estaban presentes antes, por ejemplo la que menciona Jaime, la relación que se empieza a establecer entre el mundo indígena latinoamericano, cómo se comunica el mundo indígena chileno y sus intelectuales con sus pares en otros países de América. Lo sé porque Jaime ha publicado una maravillosa antología en que están estas presencias. Entonces yo creo que ahí, entre la subalternidad indígena o también la presencia del feminismo en América Latina, que se ha atenuado en los últimos años un poco, pero que en un momento fue muy fuerte, cooptada por la vuelta a la democracia, por los aparatos estatales, pero también existió. Julieta Kirkwood viajaba durante los primeros años de los 80, tenía reuniones en Buenos Aires, en Lima, con feministas que articulaban el movimiento. Lo que no hay, digamos, es una cosa más extensa, más abierta, más global, por así decirlo, esa es la impresión que tengo.

Claudia Zapata: Este punto es difícil, en el escenario hay menos coordinación, funciona menos la “familia latinoamericana”, como dice Claudia Gilman, que en otros períodos, como cuando se logró una importante articulación a partir del hito de la Revolución Cubana. Yo diría que en la actualidad existe algo, pero hay que partir reconociendo lo que conspira contra una mayor extensión y envergadura. En primer lugar, conspira, creo, el hecho de que la categoría de intelectual no tiene

gran prestigio hoy en día, eso es una realidad por distintos factores. Y por esas curiosidades de la vida, a muchos les puede parecer que “no, intelectual no, que palabra más prepotente, más grandilocuente”, pero eso no pasa con otros conceptos que a mí me parecen mucho más grandilocuentes, arribistas incluso, como “cientista social”, “investigador” o “consultor”, que a mí me parece la aberración máxima. Entonces son condiciones que hacen muy difícil la autoadscripción y por ende la coordinación y la incidencia pública. Sin embargo, pese que a veces no opera la autoadscripción, una puede ver que igual están operando redes de intelectuales que están haciendo un trabajo bastante sistemático y profundo.

Conspira también una concepción por parte de quienes eventualmente serían candidatos a ser intelectuales críticos, quienes suelen descreer esta función de representar, proponer, disentir desde la autoría. Son quienes plantean que la misión de los intelectuales consistiría en meramente acompañar o dar a conocer lo que dicen otros. Creo que eso es un obstáculo. Evidentemente no es caer en la condición autoritaria de la vanguardia, pero parece que el otro extremo te anula también como sujeto.

De todas formas creo que existen redes en la actualidad, asociadas algunas al “eje del mal latinoamericano”. Lo digo con ironía, obviamente, que es este eje de gobiernos que se plantean críticos del neoliberalismo, como Ecuador, Venezuela, Bolivia, Argentina y sin mencionar el caso obvio, que es Cuba. A pesar de sus pros y contras, creo que desde los años 90 CLACSO es una organización que ha funcionado aglutinando y convocando a personalidades críticas del continente, tiene publicaciones, se ha planteado material bibliográfico con acceso abierto, gratuito. Esas son medidas importantes, sobre todo en una era de profesionalización como la que se mencionaba acá, porque tiene que ver con una condición ética mínima con la que uno piensa que debiera emprender su trabajo.

Creo que también existe una solidaridad continental. Uno todavía puede encontrar figuras que siendo de un país se van a otro a participar en un proyecto no solamente gubernamental, a solidarizar. La vicepresidencia de Bolivia ha organizado desde el 2005 una serie de conversatorios para convocar figuras intelectuales del mundo, no solo latinoamericanos, para discutir el proyecto boliviano y darlo a conocer, y eso es una estrategia de instalación en el escenario mundial que les ha significado un éxito decisivo, que lo hemos visto con el episodio de La Haya, y así han llegado a Bolivia autores de renombre internacional como Wallerstein, Žižek, de Sousa Santos, Negri, Laclau, entre otros.

Pensando en Chile, hay acciones conjuntas pero débiles, y sin embargo todavía hay un atisbo de que es necesario, pese que no está acompañada de gran teorización, es más bien un juntar voces. Como cuando aparecen declaraciones de apoyo al matrimonio igualitario, cuando aparecen declaraciones de indignación frente a la

represión que comete el Estado chileno contra el pueblo mapuche. En el tema que yo he estudiado, el de las intelectualidades indígenas en América Latina, este proceso de organización en redes es muy potente y se desprende de la imbricación de este sector con los movimientos de los pueblos a los que pertenecen. A veces es difícil distinguir entre la figura del intelectual, del dirigente, que incluso después puede llegar a ser autoridad, como alcalde o incluso ministro. Uno de los rasgos fundamentales de la intelectualidad indígena es su panindianismo, tienen una plataforma que es continental desde los años 70 y que es decisiva en una discusión latinoamericana en torno a los derechos indígenas, en torno una narrativa que acompaña y que aporta densidad política, histórica, a un conjunto de demandas que, más allá de las variaciones, una puede reconocer en distintos lugares del continente. Y eso es porque hay redes intelectuales y de movimientos que están funcionando desde hace mucho rato y que han echado al ruedo al espacio público varios conceptos que hoy forman parte de los debates públicos, como autonomía, autodeterminación, plurinacionalidad, interculturalidad, o reponer el racismo y el colonialismo como problemas todavía vigentes y por lo tanto desafíos que deben ser abordados. El eslabón más contemporáneo de esa construcción intelectual indígena continental, y que habla de su enorme dinamismo, es una suerte de feminismo indígena donde están trabajando derechamente la intersección de raza, género, clase y etnia en el contexto de los Estados nacionales.

Ahí sí que hay un movimiento intelectual de carácter continental sumamente potente que no siempre es reconocido, a veces ni siquiera se conoce de su existencia, no porque no existan producciones e intervenciones públicas, las hay y muchas, sino porque estas son identificadas como expresión de movimientos sociales, de “bases”, de “actores”. Por lo tanto, estimo que uno de los desafíos de la intelectualidad crítica en América Latina es también una visualización del campo, cómo está funcionando hoy, cuáles son sus jerarquías, exclusiones, cuáles son los recién llegados, que llegaron hace más de 30 años pero uno cree que son recién llegados. Digo esto porque la invisibilización de estas “nuevas” intelectualidades continúa, una lee las antologías del pensamiento latinoamericano que ha hecho Eduardo Devés que tú mencionas, fundamentales sin duda, o las que se hicieron en Argentina con la coordinación de Carlos Altamirano, y no aparece ni siquiera un autor o autora indígena, en circunstancia que desde los 70 para acá es una bibliografía abundantísima.

Lo otro que me gustaría comentar es el surgimiento de proyectos que se han llamado “colaborativos”, en los que participan intelectuales indígenas y no indígenas, gente que tiene una instalación académica consagrada, otros que están en la periferia de la academia, otros que están “colgando” de ella, me refiero a la modalidad a honorarios. Iniciativas donde se dan no solo diálogos de saberes, sino que también apuntan a construir metodologías no invasivas, no violentas con los

pueblos indígenas. Hay hace rato hay una resistencia en la intelectualidad indígena a modelos de investigación de las ciencias sociales que se sienten ya obsoletos, partiendo por su lenguaje paternalista, apropiador y jerarquizador, donde existen conceptos a estas alturas inaceptables como “mi comunidad”, “mi informante”, que todavía se escuchan en las aulas universitarias. Y eso implica meterse en todo este tejido, además de apuntar a otros auditorios. Y aquí quisiera complementar con lo que hablábamos de la lectura, que efectivamente hay menores competencias para acercarse a ella y que yo creo que es algo que no deberíamos abandonar. El hecho de que en la escuela cada vez se lea menos me parece que es una pérdida. Pero por otro lado, siempre ha existido gente que no lee pero escucha, que escucha radio, que le gusta escuchar a las personas que son capaces de formular una interpelación crítica sobre algo. Y en ese sentido, si bien estamos en un mar de información, de todas formas el intelectual tiene que componer, seleccionar, interpretar, y si hay una función de los intelectuales es la de develar intereses, construir interpretaciones críticas, ofrecerlas a un público amplio como insumos de un debate, creo que eso es bastante demandado. A mí me ha tocado ir a otros espacios que no son académicos y es increíble cómo se llenan. Y los auditorios académicos son tremendamente apáticos, cuesta que se llenen, cuesta que asistan profesores y estudiantes cuando los temas no son de su especialidad. Hay un ánimo de escuchar en otros sectores, de interactuar, de compartir, de ser escuchados también, es una forma de combatir esta profesionalización extrema y despolitizada en la que puede derivar la academia, y en la que hay que defender el rol de la universidad pública, donde también se nos evalúe por este otro tipo de instancias.

Martín Hopenhayn: Yo quería tocar seis puntitos, pero todos breves. Uno, frente a la pregunta esta del diálogo entre intelectuales críticos latinoamericanos. Yo escuchaba a Grínor y claro, uno piensa en figuras como Martí y Darío y es como un diálogo entre prohombres, entre grandes figuras. Si uno tuviera que medir el diálogo con indicadores, qué cantidad de redes o de bajadas en redes o intercambios en redes, qué cantidad de conferencias internacionales, qué cantidad de desplazamiento para conferencias medidas por pasajes de avión, qué cantidad de publicaciones donde hay autores de más de un país. Si fuesen solo indicadores de diálogo significa que no hacemos más que incrementarlos, es una expansión exponencial del intercambio de ideas, de *paper*, de lugares de trabajo en América Latina, mediados muchas veces por Estados Unidos. Tal es el caso de LASA, que es un organismo que es manejado desde Estados Unidos, pero que es el espacio donde se juntan de distintas disciplinas una cierta intelectualidad crítica latinoamericana de manera más o menos organizada. El caso de CLACSO también, FLACSO, y otras. Por otro lado está la sensación, que es el otro lado de la moneda, de que hay

una especie de proliferación fragmentaria de actos de comunicación o diálogo que no redundan en una especie de movimiento que va agarrando fuerza. Un poco como lo que se llamaban las tribus urbanas, que son muy intensivas hacia dentro y muy difusas hacia fuera, son un montón de grupos que no cuajan en una especie de gran movimiento crítico latinoamericano. Tienen este carácter que puede ser muy molecular pero no molar, o muy rizomático, pero no convergente. Esa era la segunda idea.

La tercera idea es que hay que considerar esta esquizofrenia de por un lado tener todos estos espacios en redes, conferencias, publicaciones, Internet, para emitir y recibir mensajes que uno podría considerar que son mensajes propios de una visión crítica de la realidad, y en contraste con esto la aplastante hegemonía del neoliberalismo y del liberalismo en los medios abiertos. Esto convive con un gran imperio mediático financiero, porque el imperio mediático no existiría si no estuviera el capital financiero detrás. Y entonces quiénes son los grandes opinantes, claro, Álvaro Vargas Llosa, que publica un artículo y se publica en 20 medios de América Latina; Andrés Oppenheimer. Se da una cosa muy extraña de un diálogo híper fragmentado donde nada resuena demasiado desde el lado de los intelectuales críticos latinoamericanos, y otro híper visible en los medios abiertos, donde hay muy poco de intelectual crítico. Ese es otro elemento.

Otro elemento que quería destacar es la falta de convergencia en grandes relatos. Uso relato en los dos sentidos de la palabra: relato de escritura, del poder relatar, del poder del relatar, y uso relato como de visión de la realidad por un proyecto aglutinador hacia delante. Por el lado del feminismo, ambientalismo y pueblos indígenas es donde más se ha dado, pero no es el relato de toda la sociedad, salvo cuando se constituye en algún momento, pero es difícil que perdure como relato de la sociedad o del Estado. Pensemos nada más que en los años 60 y comienzos de los 70 en América Latina, coincide el *boom* en literatura, un relatar grandote, y el *boom* del relato de la izquierda, es decir hay relato en el sentido de relatar y de visión histórica. Claro, cómo no iba a haber un súper diálogo de intelectuales latinoamericanos con esos dos elementos puestos juntos de una manera tan agregada, convergente, como fue el caso y que ahora no hay.

Un último punto que no sé si tiene importancia o no, pero es más una sensación personal tal vez. Uno participa de un montón de ejercicios que podrían considerarse de diálogo de acuerdo a estos indicadores, como cuántas veces entraste a la red, a cuántas conferencias fuiste, en cuántas revistas especializadas te publicaron, pero esto con una cierta apatía, indolencia, falta de tiempo o una cosa que tiene que ver con esto de la carrera universitaria, de ver al otro más que como un interlocutor, como “de qué manera me puede servir”. Con una primacía de la razón instrumental que pueda darse con el vínculo del otro académico que me va a redundar a lo mejor

en una invitación, posible pega, una consultoría. Entonces por un lado tenemos esta proliferación de actos de diálogo y por otro lado yo diría un porcentaje muy alto de esos actos de diálogo acompañados o de una mirada instrumental o de una cierta flojera en intencionarlo realmente y que sea algo más bien ligero, como leve.

Jaime Huenún: Yo creo que los contactos, las posibilidades de encuentro entre creadores, intelectuales, literatos, han estado marcadas en los últimos 25 años, sobre todo en Chile, por el eventismo que está ligado en muchas ocasiones al evento carnavalesco poético, al evento poético elitizado, al evento poético turístico. Desde mi experiencia como sujeto poeta que ha estado en por lo menos 50 encuentros desde el 93 en adelante, advierto que el debate entre los poetas es muy pobre, la idea es mostrar el trabajo poético, lírico, y luego obviamente dedicarse a la cerveza, chicha, al pulco, al vino. A nivel latinoamericano creo que esto también se va desarrollando de igual modo salvo en algunas instancias académicas, donde el problema es la superproducción. LASA es una superproducción donde nadie atiende a nadie, alguien va a su charla y tiene cinco o seis alumnos o amigos que lo van a escuchar, y pasa con todos los que exponen. Esa compartimentación es muy dañina para la interacción.

En relación a la emergencia de los creadores, escritores, artistas indígenas en los últimos 30 años, eso ha consolidado una red que tiene que ver, más que con la vinculación virtual, con la vinculación personal, vital, porque las culturas originarias son de cuerpo presente. Y esto ha ido, digamos, generando una serie de instancias de participación en México, Colombia, Guatemala, Argentina, Chile, Ecuador, que ha permitido que la gente efectivamente dialogue sobre sus problemáticas, avances, progresos, dificultades intraculturales y las dificultades que están o surgen en medio de la sociedad mayor o dominante. Y desde esa perspectiva creo que los intelectuales, creadores, escritores o agentes culturales indígenas han ido asumiendo sin querer quizás esta antigua denominación del intelectual o del escritor, o el poeta comprometido.

Inevitablemente el poeta mapuche, aimara, quechua, tiene que dar respuestas ante un eventual público de la situación política y cultural de sus pueblos, considerando que viven en circunstancias de resistencia o de conflictos relativamente graves. Entonces es inevitable para el poeta, para el intelectual indígena, tener una vinculación con los factores políticos, culturales, sociales de la población de la cual ellos emergen. Desde esa situación se genera un diálogo altamente político en todos estos encuentros, que no son demasiados pero son, existen, se han ido perfilando más o menos continuos desde mediados de los años 90 hasta ahora.

Esto tiene un arraigo o una provocación de carácter histórico, es decir, los pueblos indígenas latinoamericanos eran nómades transfronterizos, había aimaras en Chile, Argentina, en Perú, en Bolivia, quechuas lo mismo. En Chile se estima

que existían a lo menos 25 pueblos indígenas en el territorio chileno. A nivel latinoamericano, algunos estudiosos hablan de hasta dos mil 500 pueblos antes de la llegada de los conquistadores, por lo que había una comunicación que ahora solo podemos imaginar. Eso está en el ADN cultural de estas comunidades. O sea, el diálogo es fluido, el idioma franco es el español, pero obviamente no hay muchas intervenciones en los idiomas propios y eso ha ido configurando una posición de estas personas, sujetos “intelectuales” que van incidiendo también en sus propios campos culturales de sus propios países. Influye, alteran o erosionan parte de lo que ahí está sucediendo. Pasa en México, en Guatemala; en Ecuador los indígenas voltearon un par de gobiernos, en México con los zapatistas, en Chile el llamado conflicto mapuche se toma la agenda de vez en cuando. Hay una incidencia más o menos regular, más o menos sistemática, de poblaciones que ya no se las puede eliminar, no se les puede sacar de la “agenda política y cultural”.

Jennifer Abate: Muchas gracias, profesor, quisiera cederles la palabra para una última ronda de comentarios entre ustedes, pero por favor muy brevemente, solo nos quedan diez minutos de conversación.

Grínor Rojo: Brevemente para introducir lo que hemos estado bordeando durante toda la conversación y que sin embargo me parece importante y que saltó en dos o tres intervenciones y es la cuestión de las organizaciones de latinoamericanistas. Se mencionaron aquí el caso de LASA, cuya sede está en Estados Unidos, y yo nombraría como contraposición el caso de JALLA, cuya sede está en América Latina y que oscila a través de distintos países y cuya próxima reunión es en La Paz, Bolivia. Digo esto porque yo, que soy un tipo que asistió a una de las primeras reuniones de LASA, he llegado a la conclusión de que ya no tengo que asistir más a eso, que en ese lugar realmente se conversa acerca de una América Latina que no conozco. Yo circulo bastante por América Latina, estoy en diferentes países, vengo llegando de la Argentina, voy a Brasil a fines de diciembre, fui profesor visitante en Brasil a comienzos de año, profesor visitante en Costa Rica, etc. Creo que tengo una relación estrecha con América Latina. Y la América Latina que me presentan en LASA, *Latin American Studies Association*, es una América Latina que no reconozco y que es una fabricación para el consumo de los académicos de los Estados Unidos. Pero lo grave del asunto es que establece *patterns* del conocimiento que se transmiten hacia acá, y de pronto los de acá están hablando un lenguaje que no se hizo para ellos, sino para los otros. Y ahí te das cuenta de que se está produciendo una relación de alineación francamente patética.

Cuando volví de un largo exilio en Estados Unidos a Chile, iniciamos el profesor José Luis Martínez y yo el Centro de Estudios Culturales Latinoamericanos de

la Universidad de Chile, del cual Claudia es en este momento la directora, con el propósito de hablar desde el sur. Es decir, hablar de donde somos nosotros y teniendo el antecedente de que no fuimos los primeros latinoamericanos en hablar sobre América Latina, sino que hay una larga tradición de pensamiento y de discurso que hay que recuperar y hay que hablar desde ese interior y no desde ese otro. Eso era importante decirlo antes que terminara esta conversación.

Claudia Zapata: Yo trabajo temas indígenas, entonces voy a tomar el guante de lo que mencionó el profesor Hopenhayn sobre la ausencia de grandes relatos frente a la proliferación de identidades y demandas fragmentadas. Y creo que de hecho el volver a habitar con mayor propiedad esa totalidad que puede ser mundial, continental, nacional, es totalmente necesario. Lo digo desde una disciplina como es la Historia, que está totalmente absorta, casi, en los casos, en los problemas locales. Hay poca historiografía hoy día en Chile, o por lo menos en la que se hace en la Universidad de Chile, sobre un balance general del proyecto nacional, por ejemplo. Son dos o tres historiadores, casos muy particulares, períodos acotados, historias locales, si uno empieza a buscar el mayor volumen de lo que se hace es eso. Es un tema que me preocupa y es importante para mí plantearlo asumiendo mi especialización en “temática indígena”, porque además ahí es un ambiente donde hay mucho de eso, también en las luchas de mujeres, y tiene que ver con lo que se les exige; por ejemplo, cuando se prende el micrófono para que hablen los indígenas se espera que den cuenta de sus “fragmentos”, que den cuenta de su diferencia. No me interesa lo que opine del país, de la constitución o del neoliberalismo, me interés que hable de su diferencia, de su particularidad y a lo más de los derechos que tienen en torno a ella. Entonces hay una exigencia de autenticidad que deriva muchas veces en que tienen mayor difusión ciertos discursos, supuestamente fragmentarios, y no otros. Yo quisiera rescatar que en toda esta red, en este proceso de construcción intelectual que parte potentemente desde los movimientos indígenas, porque la mayoría de los intelectuales indígenas no está en la academia y menos tienen presencia en los medios de comunicación más amplios, ahí sí existe una narrativa amplia, sobre el continente, sobre las naciones, sobre la sociedad “mayor”, aquella que los excluye y racializa, lo que pasa es que existen pocas condiciones para que eso sea recepcionado.

Podría agregar un ejemplo que mencioné en una entrevista que me hicieron en la revista de la Universidad: si uno ve el mundo indígena, concepto que me a problema muchas veces, como algo que va en paralelo a la historia nacional, que nunca se cruza, que a lo más van a haber solidaridades, entonces es muy difícil reconocer que en Chile el primer sector que durante la posdictadura empieza a plantear el tema de un cambio constitucional, el año 89, es el movimiento

mapuche. Desde allí se interpelaba al resto de la sociedad civil con un discurso que manifestaba malestar frente a la Constitución dictatorial, a su definición unívoca de nación, que tenía que haber una refundación nacional acorde al paso que estábamos dando como país, etc. Y ese es un proceso que yo podría extrapolar a toda América Latina; existe un discurso sobre los Estados nacionales, sobre el continente, sobre el mundo. Creo que existen redes de poder que interceptan eso y que nos quedamos con el fragmento, con la diferencia, que es lo que un público ávido quiere oír finalmente.

Martín Hopenhayn: Me acuerdo de las movilizaciones indígenas de la CONADI en Ecuador, por ahí cuando se sucedía un gobierno tras otro en la época de Gutiérrez, el *peak* de la movilización. En un momento la proclama fue fantástica: “Nada solo para los indígenas”, diciendo que “por favor, no crean que somos un grupo reivindicando una demanda que es solo competencia de nuestro grupo, sino que estamos mirando la sociedad”. El gran problema con los movimientos indígenas del punto de vista de cómo la sociedad los mira es que por un lado les da la visibilidad y por el otro lado el peaje que les cobra es que la visibilidad los confina a que sus demandas son de grupo y no de sociedad, esa es la dialéctica.

Y quería enganchar con lo que dijo Grínor, que en realidad es increíble, esto de los norteamericanos, de cómo se impone una agenda académica que se presume crítica a través de latinoamericanos que llegan a insertarse en el mundo académico norteamericano y que asimilan ciertas ideas en boga o paradigmas, que en muchos casos no vienen de Estados Unidos, sino desde la India o Pakistán, como el caso de la teoría poscolonial o parte de los Estudios Culturales. En LASA, la última vez me dije: “ya no puedo venir más”, porque no sabía cuál era la América Latina que se había construido. Aunque es muy consistente con esto que siempre se ha dicho, que América Latina es una invención, una construcción. Esta es otra construcción de América Latina, la reinención de América Latina desde Estados Unidos (risas).

Pero esto reconfirma un poco esta idea que decía yo de hasta dónde se subordinan las visiones de mundo a los nichos de mercado, que es tremendo. En Estados Unidos funciona muy bien el mercado académico, es un tremendo mercado donde se produce mucho, pero tiene este efecto perverso, que es lo más lejano a lo que sería una visión crítica del mundo, la visión mercantil. Es reabsorber desde la lógica del mercado el intercambio de visiones críticas de la realidad y supeditarlas a esa lógica de mercado. Es una lógica de nicho en el doble sentido de la palabra nicho, de especialización y de donde uno va a parar cuando se muere.

Jaime Huenún: Yo creo que el gran relato indígena latinoamericano está *ad portas*, creo que fragmentos de este gran relato existen, hay obras, testimonios,

documentación, y este gran relato no tiene solo que ver con las guerras de resistencia del imperio español, sino que también con la participación plena y continua de elementos indígenas en las guerras de independencia en Latinoamérica, en la construcción de los estados nacionales latinoamericanos. No se puede entender la construcción de los estados nacionales latinoamericanos sin la presencia de los pueblos originarios como combatientes, y luego la construcción del propio Estado también tiene una presencia indígena aun cuando sea en la construcción de La Moneda, como el palacio, aun cuando sea trasladando las piedras del Registro Civil, juzgado, la iglesia.

Los indígenas participan de la construcción de los estados nacionales en muchas áreas a lo largo de esta historia. Y desde ahí los indígenas han estado en una permanente y continua tarea de traducción, es decir, traducirse al *winka*, al blanco, al virrey, gobernador, alcalde, médico, sacerdote. Han existido pérdidas y ganancias como en todo proceso de traducción. El problema ha sido que la sociedad opinante no ha tenido muchas ganas y ahínco en traducirse, generar un diálogo más o menos amable en estos procesos, en estos momentos históricos. Entonces yo creo que hoy día las poblaciones indígenas, comunidades, naciones, están en un proceso de articulación de sus propias memorias a través de la poesía, de la narrativa, de la pintura, de las artes en general, que son en realidad formatos del arte occidental que se han indigenizado en estos últimos 50 años. Y eso por supuesto va a detonar en el relato, este relato que no va a ser un relato global, sino que de cada pueblo o de un conjunto de pueblos, que va a generar una serie de consecuencias, como tal vez una exotizante, como todavía la vemos. Como decía Watanabe, el poeta peruano nikkei, mitad peruano mitad japonés, que la exotización es la otra cara del racismo. Y esa exotización está muy presente hoy día, hay muchas demandas sobre los pueblos originarios, que tienen que ser de tal manera, vestirse de tal modo, decir tales cosas, ojalá que hoy día nos hablen en sus idiomas extintos.

En este largo proceso de traducción, que es histórico, la memoria no se ha perdido, hay una contrahistoria indígena que está vibrando ahí y que los intelectuales, creadores, literatos indígenas están recuperando y armando para este momento y otros que supuestamente vendrán. Eso es un aporte de los propios pueblos originarios a ese débil equilibrio de los desacuerdos, que es como definía Jorge Millas la democracia: “nuestra democracia es ese débil equilibrio entre tantos y variados desacuerdos”. Y creo que desde ahí es posible auscultarla, a una Latinoamérica un poquito más conectada, confrontada con sus propias realidades históricas, pero también creo que ahí está la posibilidad de que, como decía el poeta Adonis, sirio, uno de los grandes poetas de hoy día en lengua árabe, que vino hace algunos meses a Chile y vinieron diez personas a escucharlo, y él decía algo así: “el pájaro está dentro de una jaula que no tiene fin”. Nosotros esperamos que todos estos trabajos

permitan que la jaula se abra y que el pájaro sí tenga un fin, que sería ese intento o tanteo de libertad.

Jennifer Abate: Muchas gracias, profesor. A nombre de la Vicerrectoría de Extensión y Comunicaciones les quiero agradecer, profesor Rojo, profesora Zapata, profesor Hopenhayn, profesor Huenún, por compartir con nosotros en esta conversación y por poner sobre la mesa y a disposición de todos nosotros sus reflexiones y parte de su trabajo. Muchas gracias.